

De la clandestinidad a la impunidad

El nacionalismo bretón y el ejercicio de la violencia política (1931-1944)

José Antonio Rubio Caballero
Universidad de Extremadura

A finales del siglo XIX se culmina el proceso de inserción de Bretaña –península ubicada en el extremo noroccidental europeo– en la República Francesa. Merced a las exitosas políticas de asimilación y aculturación llevadas a cabo por ésta última, el antiguo ducado se integra en el conjunto estatal, en un proceso que contó si no con una adhesión efusiva, al menos con la aquiescencia implícita de la mayor parte de la población bretona. Sin embargo, en ciertos sectores sociales bretones la disolución de la especificidad del territorio fue vivida como una tragedia que debía evitarse, y de ese sentimiento nació el *Emsav* o “movimiento bretón”. Tras la Primera Guerra Mundial dicho movimiento se radicalizó, apartándose del tibio regionalismo tradicionalista inicial para abrazar el nacionalismo de tintes populistas, antidemocráticos e incluso fascistizantes. Una constelación de agrupaciones culturales y políticas nucleadas en torno al *Parti National Breton* (fundado en 1932) se nutrió de esa aleación de nacionalismo y protofascismo. Tales ingredientes ideológicos, a los que cabría sumar una idea organicista y mítica de la nación bretona cuyos derechos se verían sistemáticamente conculcados por un opresivo Estado francés, el lamento ante la abulia de un pueblo bretón sordo a los imperativos de la emancipación nacional, o también las ecuaciones maniqueas que vuelven incompatibles a las civilizaciones bretona –céltica, nórdica– y francesa –corrompida y “judaizante”–, constituyen el caldo de cultivo ideológico que explica dos fenómenos concomitantes estudiar en las páginas siguientes: la aparición de una serie de grupúsculos nacionalistas clandestinos que a partir de los años treinta deciden empuñar las armas contra el Estado francés; y por otra parte el desarrollo de un discurso político entre organizaciones legales que, con mayor o menor explicitud, alientan o avalan las acciones de las organizaciones armadas clandestinas con las que, en principio, no mantienen vinculación orgánica.

El camino del Emsav

Como todo movimiento político de su índole, el *Emsav* (renacimiento o levantamiento bretón) se configuró como una reacción o respuesta ante una realidad, y al mismo tiempo se tradujo en una doble acción simultánea: profilaxis identitaria –destinada a preservar una identidad que considera en peligro de extinción y cuya desaparición, entiende, es indeseable– y por otro lado generación de una serie de discursos políticos, inicialmente regionalistas, nacionalistas después. La operación emprendida por el *Emsav* entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX puede ser percibida como una lucha por la conquista de dos utopías: el retorno de Bretaña a un pasado fatalmente extinto, y el salto de Bretaña hacia un futuro quimérico. Pues los procesos de centralización administrativa y de homogeneización cultural llevados a cabo por el Estado francés desde 1789 se mostraron altamente exitosos. Frente a ellos, afloró un movimiento de afirmación identitaria de tipo proto-nacionalista en Bretaña a mediados del siglo XIX, opuesto a la total inserción de Bretaña en la Francia una e indivisible. Nutrido por el clero y la aristocracia del país, y enrocado en torno a valores conservadores, ese primer *Emsav* se fundamenta en la creación literaria, la edición filológica, el quehacer historiográfico, etc. Su antiliberalismo nostálgico cristaliza en un partido regionalista de escaso impacto social, la *Union Regionaliste Bretonne*, fundada en 1898. La operación de ese protonacionalismo bretón es más el fruto del miedo a una revolución social, impregnada de las ideas republicanas, que al anhelo madurado de desgajar a Bretaña del Francia.

Ésta, por su parte, completó laboriosamente su tarea de construcción nacional, hecho probado por la asunción que la mayor parte de la población bretona hace del discurso nacionalista francés.

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) establece un punto de inflexión en el movimiento bretón. El regionalismo tradicionalista no desaparecerá, pero la relevancia dentro del *Emsav* será acaparada por nuevas corrientes ideológicas. Aunque en buena medida depositario del legado intelectual de la generación prebélica, el nuevo movimiento bretón refresca propuestas y actualiza el discurso. En el orden doctrinal, este *segundo Emsav* adoptará desde la década de 1920 el tono de los populismos nacionalistas tan en boga en su época, acuartelándose en una visión esencialista de la patria bretona, en el rechazo de la Francia unitaria y en la reivindicación de la soberanía nacional de Bretaña. Por lo demás, los resabios nordistas y pancélticos, los flirteos racistas, el lenguaje victimista y revanchista, el desprecio al liberalismo político y económico, la condena del socialismo y la defensa del corporativismo social se van abriendo paso poco a poco. Al lado de esta primordial línea ideológica del *Emsav* de la época, discurrían los tímidos y moderados proyectos del regionalismo y los proyectos federalistas de una izquierda bretonista que casi nació muerta.

Todos ellos se dieron de bruces contra dos realidades: la de un Estado francés que en ningún momento accedió a la más tímida de las demandas descentralizadoras, y la de una sociedad bretona que en su conjunto dio la espalada a los proyectos del *Emsav*. El fracaso global de las tentativas del nacionalismo bretón para influir en la opinión de la población a la que apelaba fue un hecho. Incluso en coyunturas en las que las posibilidades de maniobra del movimiento se vieron acrecentadas (ocupación alemana), hasta qué punto la masa bretona era indiferente incluso hostil, al mensaje del *Emsav*. Movimiento tardío, radical y desafortunado, el *Emsav* fue víctima de sus propias taras pero sobre todo de la fortaleza de su enemigo, el rodillo homogeneizador del Estado francés.

En cualquier caso, tras 1981 surgió una nutrida cantidad de organizaciones regionalistas y nacionalistas. Siglas diversas y variopintas asociaciones repartiéndose la audiencia, fundaciones repentinas seguidas de súbitas desapariciones, pueden sin embargo inducir al error:

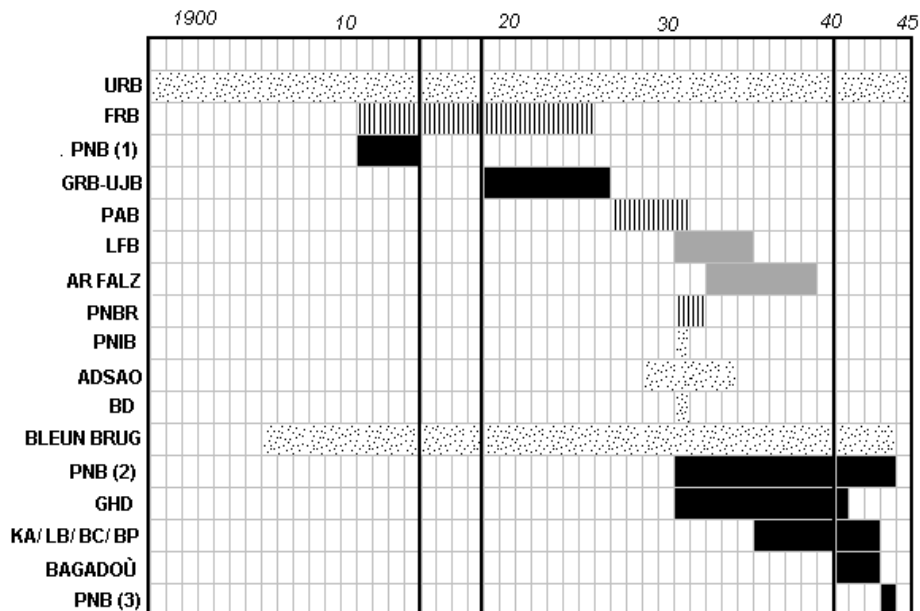


Figura 1

De entre la maraña organizativa que ocupa el espacio del *Emsav* en la primera mitad de siglo XX (espacio ya era bastante reducido dentro del mapa político bretón), la mayor parte de las organizaciones no rebasa la categoría de cenáculos. Y en cuanto a sus contenidos ideológicos, la pluralidad de propuestas se reduce en realidad a dos o tres líneas muy cercanas entre sí: regionalismo tradicionalista (líneas punteadas), izquierda federalista o de centro (en gris o rallado vertical, de muy escasa audiencia), y derecha fascizante (en negro). Ésta última acapararía casi en

exclusiva el protagonismo del *Emsav*. El PNB (1), el GRB y el PNB (2) y el PNB (3) son los frutos de las sucesivas refundaciones de la misma organización. De modo que el esquema anterior es muy simple: un partido político de siglas cambiantes que casi monopoliza la imagen del *Emsav*, y que se rodea de una nebulosa de organizaciones (en la parte inferior del esquema, en negro) de ideología cercana al fascismo, de proyectos vagamente independentistas, y vinculadas *de facto* a la rama política y “legal” del movimiento.

La seducción de la fuerza

No resulta difícil detectar en el discurso del nacionalismo bretón de entreguerras un tono condescendiente hacia la violencia política que asocia fatalmente a la solución de conflictos políticos el necesario empleo de la fuerza. Esta propensión hizo acto de presencia ya en los primeros números de la gaceta *Breizh Atao*,¹ en pequeñas notas, en determinadas proposiciones, en frases concretas, en alusiones metafóricas, para ir poco a poco tiñendo artículos completos, hasta erigirse más tarde en un pilar constitutivo de doctrina y estrategia políticas.

En un temprano ejemplar de *Breizh Atao*, un recuadro esquinado en primera página recordaba a los lectores que en 1919 la mayoría de los diputados bretones de la Asamblea Nacional eran partidarios de la enseñanza escolar del bretón, y que por el contrario, en 1922, solamente eran dos los que defendían tal postura. Y apostillaba el semanario nacionalista que “para refrescarles la memoria... ¡aceite de ricino!”² No había una llamada literal, ciertamente, al ejercicio de la fuerza, pero la dialéctica de los *emsaverien* se iba sembrando aquí y allá de resonancias viriles, de ecos belicosos: “Francia asesina a Bretaña (...) Todo bretón ha de jurar destruir la situación que aplasta nuestra alma colectiva (...) Es preciso sentir el odio hacia el estado actual de cosas.”³ La imperiosa necesidad de sacudirse el complejo de pueblo dócil y obediente unida a la ojeriza contra unos franceses caricaturizados como arrogantes explotadores fue generando una dialéctica retadora. Incluso cuando los nacionalistas abordaban la cuestión del turismo que las costas bretonas recibían cada verano aparecía esta tonalidad desabrida: “la extranjeros que vienen (...), que tengan cuidado, pues los rencores y las injusticias presentes se añaden a las del pasado y ello comienza a pesar mucho.”⁴ Los nacionalistas toman el relevo de los regionalistas decimonónicos al caer en las ampulósidades propias de la poesía épica: “Al fin bajo nuestro cielo ruge la tormenta, cuatrocientos años de vergüenza no han podido vencerte, orgullo bretón. Como las olas que desgastan nuestros acantilados (...) rompamos el orgullo del aturdido París. No lloremos más la libertad perdida, juremos reconquistarla. Para arrancarte, Bretaña, de las manos de Francia, he aquí nuestros brazos, si hay que morir por tu independencia, he aquí nuestra sangre.”⁵

Sea como fuere, la recomendación del empleo de la violencia (que en casos como el precedente era más simbólica que literal) o la atracción irreprímible que el ejercicio de la fuerza fue ejerciendo sobre sus políticos e ideólogos, no fue exclusiva del nacionalismo bretón. Más aún, dicha inclinación entronca con toda una corriente de descrédito de la razón y del parlamentarismo que fluyó entre 1919 y 1939. La crisis de los valores democráticos, el terror generado en los más variados ámbitos por el ascenso del rival ideológico, y la consiguiente legitimación de una violencia-dique, se fueron expandiendo por Europa. El nacionalismo bretón no inventó nada en este aspecto sino que participó de una tendencia casi ambiental. Era por otra parte lógico que un movimiento cuya concepción de la patria se escoraba progresivamente hacia el esencialismo, acabase incorporando todo un repertorio de *tópoi* en los que la violencia dejaba de ser repudiable. El victimismo derivado de la opresión ejercida por el enemigo, el desprecio hacia los caducos sistemas

¹ *Breizh Atao* (“Bretaña siempre”) fue el principal órgano de prensa del *Emsav* desde el fin de la Gran Guerra hasta 1939. Se comportó como el órgano de expresión de de la *UJB*, del *PAB* y del *PNB*. Su tendencia ideológica fue de un nacionalismo crecientemente fascistizado, carrera que culminó otro periódico, *L'heure bretonne*, altavoz oficioso del *PNB* desde 1940 hasta 1944 que se decantó por un claro colaboracionismo.

² Editorial, *Breizh Atao*, 12, diciembre de 1922.

³ Devaubais, F.: “La nationalité bretonne contre l'État français”, *Breizh Atao*, 136, 17/1/1931.

⁴ Skolaer, Y.: “Les étrangers”, *Breizh Atao*, 91, julio-agosto de 1926.

⁵ Poema de Ronan de Kermene. *Breizh Atao*, 103, julio de 1927.

parlamentarios o el enaltecimiento de la energía resolutive inherente a la juventud, se fueron abriendo paso. “No esperamos nada de los abuelos”, se reconocía en *Breizh Atao*, “y sólo la juventud puede estar preparada para comprendernos. Son los jóvenes los que quieren regenerar este mundo y construir edificios que por fin puedan tenerse de pie.”⁶ Así convocaba *Breizh Atao* a los muchachos bretones para que se adhiriesen a la sección juvenil del PNB: “No todo es política. Las conferencias interminables, las discusiones bizantinas sobre naderías, todo eso vale para los padres de familia (...) Pero los jóvenes necesitan acción. Para los jóvenes de Bretaña hemos creado una organización nueva: los *Sparfelled breizh*. Queremos hacer de los jóvenes una juventud sana de cuerpo, enérgica y disciplinada (...) Un grupo limpio de cuerpo y espíritu, tipos con agallas...”⁷

La actitud de los nacionalistas bretones con respecto a la violencia política oscilará entre la benevolencia o comprensión hacia determinados comportamientos que se situaban en el límite de lo tolerable en sistemas democráticos, y la apelación explícita hacia el ejercicio de la fuerza. Entre el flirteo metafórico y la abierta exhortación castrenses. Dicha fluctuación fue correlativa a la sucesión de coyunturas a las que Francia y Europa se fueron confrontando entre las dos guerras mundiales. Del desprecio latente hacia las formas pacíficas de actuación política los nacionalistas bretones irán a discursos inflamados de violencia implícita, ya en los años treinta, amparados por el clima prebélico europeo. Del tono metafórico de la referencia de *Breizh Atao* en 1922, evocada más arriba, se salta al artículo siguiente, de 1938: “Forjémonos un estado de ánimo sano, militante (...) Nuestras palabras clave han de ser: sentimiento de deber, espíritu de disciplina militar, culto de la fuerza serena. Seamos duros. Que nuestro brazo sea de acero cuando sea necesario golpear. Que nuestra alma no tenga debilidades cuando haga falta sufrir. Que frente a la podredumbre francesa, frente a los timoratos y a los cobardes, levantemos a la joven Bretaña, disciplinada y consciente de sus deberes.”⁸

Celestin Lainé, a la sazón cabecilla del grupo terrorista GHD (*Gwenn ha Du*, “blanco y negro”, colores de la bandera bretona), representaba la línea más radical del *Emsav*, y los artículos que hacía publicar en *Breizh Atao* bajo diversos seudónimos constituyen la mejor ilustración de que las fronteras entre los fascismos europeos y el nacionalismo bretón se fueron diluyendo a medida que pasaba el tiempo.⁹ En una de sus periódicas exhibiciones de furor,¹⁰ quien a la postre terminaría enrolado en milicias nazis contra la Resistencia francesa condenaba el menor resquicio de moderantismo en el pensamiento de todo nacionalista bretón, afirmando que “no hay lucha parcial, la lucha es total no lo es (...) Si no actuamos así, sólo podemos ser unos impostores.” La censura de la contemporización iba ligada a una concepción de la vida como sacrificio patriótico, de tal suerte que el militante nacionalista estaba obligado a “ser un guerrero completo al servicio de la nación, no sólo un soldado sino un propagandista, un escritor, un alumno, un profesor, un organizador, un sabio, un obrero, un mecenas.” La defensa del arquetipo de individuo entregado a una fe nacional se derivaba de la atracción ejercida por ciertos valores medievalizantes que habían sido eclipsados por la modernidad, y de los cuales el nacionalismo era lejano heredero. Cada militante, al cumplir con su función estaba realizando a su vez “el ideal caballeresco de sus ancestros.” El retrato del nacionalista ideal quedaba coronado por el consabido repertorio de virtudes físicas: “Todos hemos de hacer a diario ejercicios (...) Aprovechar los domingos para completar largas sesiones, incluso en invierno. Instituyamos una disciplina de soldados, formemos grupos muy cerrados de amigos.”¹¹

⁶ Lebesque, M.: “L’irruption des jeunes dans la politique internationale”, *Breizh Atao*, 104, 8/6/1930.

⁷ Meavenn, F.: *Breizh Atao*, n° esp. del 28/8/1932 sobre los atentados de *Gwenn ha du*.

⁸ Koadlogan, G.: “Pour l’action”, *Breizh Atao*, 293, 9/1/1938.

⁹ Hervé le Botterf, antiguo militante del PNB, levanta un rico retrato sobre la personalidad de quien puede ser considerado como el más violento del triunvirato (con Mordrel y Debauvais) del *Emsav*: “Desaliñado y tocado siempre con una boina puesta (...) sobre su mollera de campesino rudo, [Lainé] era una curiosa mezcla de dinamitero y de iluminado, de profeta y de jefe guerrero, de seminarista de provincias y de combatiente bárbaro salido de una antigua estampa. Era al mismo tiempo el Savonarola y el Torquemada de un nuevo culto bélico, dispuesto a emprender todas las cruzadas para acometer con éxito la independencia bretona.” Cfr.: Le Boterf, 1983, p. 58.

¹⁰ Ab Arzel [seudónimo de Lainé]: “Soyez des hommes”, *Breizh Atao*, 276, 16/5/1937.

¹¹ *Ibidem*.

Lo que Lainé pretendía implantar en Bretaña era una versión celta de la figura del ciudadano-soldado, la que se abría camino en la imaginaria fascista de su tiempo. Si bien no todo el *Emsav* se expresaba con la vehemencia de Lainé, es cierto que el conjunto del movimiento fue poco a poco siendo más connivente con las prácticas violentas. Estas correspondieron, el último término, a las organizaciones antes destacadas en el gráfico. Principalmente, a GHD.

El 7 de agosto de 1932, era situada una bomba tras la estatua que, emplazada en la plaza del Ayuntamiento de Rennes, conmemoraba la Unión de Bretaña a Francia en 1532. Al día siguiente, cuando estaban previstos los fastos oficiales destinados a conmemorar el aniversario de dicha anexión, el protagonismo de la jornada recayó inesperadamente en la explosión de la controvertida estatua. Las figuras que representaban a una duquesa Ana de Bretaña arrodillada ante el rey francés habían saltado por los aires para desconcierto de población y autoridades. Un misterioso grupo de fines independentistas reivindicó rápidamente el acto. Se trataba de GHD. El atentado de Rennes fue el acta de nacimiento de un fenómeno genuinamente nacionalista en Bretaña, impregnado de los rituales del terror y de los lenguajes del profascismo (Reece, 1977, p. 122). A dicho acto —que desencadenó una ola de condenas por parte de autoridades y medios de comunicación— le siguieron otros. El 20 de noviembre de 1932 GHD hizo saltar por los aires la vía férrea que unía París con Bretaña, a la altura de la localidad de Ingrandes, poco antes de que pasase por el lugar el tren que conducía al presidente Édouard Herriot hasta la ciudad de Nantes. No carecía de significación la fecha escogida, pues Herriot se dirigía a Bretaña para presidir los actos oficiales de conmemoración de la unión britoangevina de 1532. Cuatro años después, el 13 de abril de 1936, GHD provocó incendios en cuatro prefecturas bretonas (Saint-Brieuc, Quimper, Nantes y Rennes), coincidiendo con el vigésimo aniversario de la insurrección irlandesa de Pascua. La prefectura de Quimper se vería igualmente afectada por el estallido de un artefacto el 28 de febrero de 1939. Poco antes, el 18 de diciembre de 1938 la banda había hecho volar otro monumento representativo, en esta ocasión el que conmemoraba la federación de bretones y angevinos, emplazado en la localidad de Pontivy. Tras el inicio de la Segunda Guerra Mundial la actividad de GHD casi se extinguió, y se redujo a una sola expresión (una bomba contra la gendarmería de Carhaix el 13 de mayo de 1941), para luego desaparecer definitivamente.

Si se trata de insertarlo en el esquema general del movimiento bretón surgido a partir de 1919, el grupúsculo GHD tiene su hueco en el sector más radical de la abigarrada floración de organizaciones que ha sido descrita más arriba. Así lo corroboran tanto sus métodos como la intransigencia de su discurso antifrancés. Más difícil sin embargo es el determinar con exactitud sus aspectos organizacionales, por su carácter grupuscular y por la inconstancia de su actividad. Y es igualmente complicado el responder con un meridiana precisión a la pregunta que inevitablemente sale al paso en cuanto se han leído dos o tres de sus proclamas y manifiestos, esto es, de qué grado de independencia gozaba la organización, cuál era la relación de sus miembros mantenían con otros entes cuyos militantes sí actuaban, en la misma época, a cara descubierta.

Los límites de esta colaboración han quedado definidos en referencias dispersas que diversos militantes del nacionalismo de la época han ido dejando a través de sus memorias, ensayos y escritos. En cualquier caso, lo esencial es constatar que GHD fue una formación independiente en lo organizativo con respecto a otras, se halló ligada por lazos ideológicos a la rama política o “legal” del nacionalismo bretón, que desde los años treinta se correspondía casi exclusivamente con el PNB. Concomitancias ideológicas, efectivamente, pero también contactos y relaciones personales (en sus memorias, tanto Olier Mordrel como François Debauvais dejan claro que estaban al corriente de las acciones preparadas por la rama terrorista del *Emsav*, y que incluso ellos mismos almacenaron o proporcionaron algunos materiales explosivos a sus correligionarios clandestinos), trasvase de militantes —el propio cabecilla de GHD, Céléstin Lainé, devendría en el tiempo de la ocupación alemana una de las personalidades más destacadas del PNB para acabar dirigiéndolo en 1944— ponen de manifiesto esta relación. Es conocido, por otra parte, que miembros de GHD, del PNB e incluso del en principio regionalista *Bleun Brug* empezaron a coordinar sus acciones tras una reunión mantenida en mayo de 1933 en Bréhec, cerca de Saint-Quay, dando origen a un *Kuzul Meur* o Gran Consejo destinado a mantener reuniones periódicas. (Benoist, 2001, p. 516).

Sea como fuere, es sobre todo la similitud de los fines políticos perseguidos lo que pone en contacto a GHD y PNB, máxime si se tiene en cuenta el proceso de radicalización de éste último.

Eso es lo que se colige de los escasos pero repetitivos lugares discursivos empleados por la organización. La fe en la existencia de una nación bretona, primeramente. Una patria distinta de la francesa que sin embargo había sido asimilada por la vía de la fuerza. Así lo exponía el comunicado que reivindicaba la voladura del monumento de la unión situado en Rennes, “símbolo de nuestro sometimiento”, producida en el mismo día en que “los franceses celebran (...) el cuarto centenario de su victoria con la anexión de Bretaña.” GHD se autoproclamaba como un grupo de “bretones no asimilados a pesar de cuatro siglos de ocupación” que habían decidido “devolver a colocar en las manos de los bretones los destinos de su propia patria.” La vía escogida —he ahí el segundo rasgo del grupo— era la de la acción violenta, medio adecuado para conseguir “la liberación de nuestro país.”¹² La fascinación por la hermandad entre los pueblos de origen céltico, bien presente ya en la línea editorial del periódico *Breizh Atao*, tomaba también cuerpo en las proclamas de GHD. Legales y clandestinos compartían pues un fondo ideológico. El ensalzamiento de los valores de la fuerza y la juventud aparecían diáfanos en un comunicado que GHD publicó en el periódico del PNB, *Breizh Atao*, en el cual recordaba que “Bretaña sólo podrá ser levantada por hombres que tengan el espíritu celta y los brazos vigorosos, que pondrán una fuerza militar al servicio de Bretaña, que sean soldados.”¹³ La creencia de que una élite consciente podía y debía encargarse de dirigir los destinos de un pueblo adormecido y asimilado: “hay que poner firme al pueblo bretón, (...) está muy enfermo y precisa que le sean administradas medidas draconianas para deshacer su mentalidad servil.”

El tono de tales proclamas concuerda con el aroma amenazador desprendido por los comunicados que precedían y sucedían a toda acción armada. La voladura de la vía férrea por la que transitaba el tren que conducía al presidente Herriot hacia Nantes fue justificada porque el “cuarto centenario de nuestra anexión es una afrenta que no podía quedar sin respuesta”, y porque había que demostrar a los dirigentes franceses “que los bretones ya no van a dejarse insultar impunemente en su propia casa.”¹⁴

Obviamente, sólo las organizaciones políticamente más identificadas con el nacionalismo bretón mostraron durante los años treinta a través de sus respectivos órganos de expresión una actitud comprensiva, o incluso benevolente, hacia las actividades de GHD. Incluso el pequeño reducto de organizaciones nacionalistas y de izquierdas (LFB) fueron benevolentes con las acciones de GHD.¹⁵ Por su parte, la rama principal del *Emsav*, representada desde 1932 por el PNB se instaló en el discurso de la justificación parcial o gradual de la violencia. El recurso consistía en no responsabilizarse de la comisión de los atentados y declarar no mantener vínculos con sus autores, pero en suscribir a continuación todos los argumentos utilizados por quienes los perpetraban. Así, la destrucción en Rennes de la estatua de la unión britofrancesa sirvió para que el PNB se desmarcase de las condenas generalizadas contra GHD: el monumento destruido era “una estafa material y moral”¹⁶ que “debería haber desaparecido mucho antes si al ayuntamiento de Rennes le quedara un resto de dignidad nacional.” De ahí que *Breizh Atao* sentenciase: “¿un atentado, esto? Para nada. Bretaña ya no está humillada.” Meses después, los vítores ante la destrucción del monumento de Rennes continuaban en *Breizh Atao*: “El entusiasmo suscitado en el pueblo bretón por la destrucción del monumento es innegable, pues si bien el acto en sí mismo sólo ha sido la cosa de un puñado de patriotas, no se puede ignorar que el noventa por ciento de los bretones lo han aplaudido.”¹⁷

El atentado de Ingrandes de 1932 obligó al PNB a retratarse de nuevo. Y entonces aparecían las contradicciones, pues si bien los métodos de violencia “no son aprobados por el PNB”, los lamentos por las consecuencias de la fuerza se combinaban con definiciones de los actos

¹² Comunicado de *Gwenn ha du* el 7/8/1932, (cit. Caerléon, 1967, p. 83).

¹³ Comunicado de *Gwenn ha du* publicado en *Breizh Atao*, 248, 26/4/1936.

¹⁴ Carta dirigida por *Breizh Atao* a la prensa el 20/11/1932. (cit. Caerléon, 1967, p. 96).

¹⁵ “¿Cómo sorprenderse cuando, cansados de inútiles suplicas algunos espíritus exaltados hayan querido mostrar ante Francia y el mundo, por la fuerza, el doloroso drama bretón? Es necesario mirar de frente a la cuestión bretona.” “La frontière explosive”, *Breizh Keuredel*, 11, diciembre de 1932.

¹⁶ Editorial, *Breizh Atao*, n° esp., 13/8/1932.

¹⁷ “À la caserne” *Breizh Atao*, n° esp., 6/11/1932.

de GHD como “legítimas protestas”, que sólo buscaban “una vuelta a la legalidad.”¹⁸ Tal fue la opinión de la rama legal del *Emsav*. El mismo día del atentado de Ingrandes el PNB declaraba haber tenido noticia de la existencia de GHD “por los periódicos”, y que el partido “siempre había defendido la legalidad”, pero acto seguido declaraba que “el grupo se ha convertido en algo sagrado ante nuestros ojos”, y reconocía su “solidaridad moral con GHD.”¹⁹

En cualquiera de los casos, y como ocurría en otros tantos terrenos, la línea de opinión de los medios nacionalistas bretones ante la violencia reiterada de GHD era un islote, toda vez que la mirada que la mayor parte de la población bretona proyectaba sobre el *Emsav* era desaprobadora. Y aún consciente de que generaba más animadversión que aplausos, GHD siguió actuando. Las reivindicaciones lingüísticas que el movimiento bretón “legal” solía expresar tenían su correlato en los comunicados que GHD a modo de justificación de sus acciones. La banda legitimaba la violencia contra un Estado que impedía a las escuelas públicas bretonas la enseñanza en bretón y del bretón. Las escuelas laicas de la Tercera República, verdadero motor de homogeneización nacional, eran percibidas por GHD como lugares donde a las nuevas generaciones se les inculcaba el “odio hacia su lengua, el desprecio hacia sus ancestros y la vergüenza hacia su raza.”²⁰

El pulso entablado entre los independentistas y el Estado se fue endureciendo a medida que las exigencias de los primeros eran desoídas y al tiempo que el segundo reprimía sin grandes complejos las expresiones de descontento nacionalista. A fin de cuentas, la República francesa de los años treinta, que se sabía cercana al abismo de una nueva guerra contra Alemania y que era consciente de la inestabilidad social que reinaba en el país por razones parecidas a las que habían desencadenado una guerra civil en España en 1936, tenía prioridades mucho más urgentes que las de atender reivindicaciones identitarias de minorías más o menos ruidosas. Por su parte, y tras el atentado de Pontivy de 1938, GHD siguió insistiendo en que el Estado se había deshecho de la máscara democrática y reprimía con dureza toda contestación regional. Los sucesivos encarcelamientos de presuntos miembros de GHD proporcionaban coartadas sucesivas a los activistas bretones, en una inevitable espiral de acción y represión. Persuadida de su rol de vanguardia, GHD siguió emitiendo amenazas hasta los primeros compases de la Segunda Guerra Mundial, teniendo por diana no ya a la extinta República, sino al *État français* encabezado por Pétain.

Sea como fuere, la fe que este grupo radical tenía en la predisposición del pueblo bretón a sublevarse para conseguir desgajarse de la Francia unitaria (un pueblo que sin embargo apenas había respaldado las iniciativas moderadas del regionalismo) sólo podía estar motivada por algún tipo de jactancia quasi-patológica, por alguna suerte de mesianismo desmedido que le conducía a sobrevalorar sus propias capacidades. Y en efecto ése fue el tercero de los ingredientes que tuvieron sitio en el discurso del GHD, al lado del maniqueísmo y de las pulsiones fascizantes. Por lo demás, las presiones que GHD ejerció sobre Vichy no se materializaron en otra cosa que fuera más allá de amenazas aisladas sin consecuencias, habida cuenta del peculiar compás de espera que se había abierto con la promesa de “resurrección de las provincias” hecha por el petainismo desde su instauración. Dicha situación, esperanzadora para algunos sectores del bretonismo, unida al férreo control impuesto por las autoridades nazis sobre las actividades públicas a partir de 1940, y sumada también a la existencia de milicias de corte fascista legalmente reconocidas en aquel momento (*Bagadou Stourm* y otras) y cuyos miembros eran reclutados de entre las filas del nacionalismo bretón “legal”, dejaron sin sentido y sin espacio a GHD, una organización creada para la lucha contra un Estado democrático, el que había desaparecido tras la invasión alemana de 1940.

De la persecución a la benevolencia

Con la Segunda Guerra Mundial acercándose, los dos estrechos caminos de pervivencia que le quedaban al *Emsav* eran o bien la prudencia, o bien la radicalización y la huida hacia delante. El grueso del movimiento bretón optó por esta segunda vía. La creencia de pertenecer a una

¹⁸ Debauvais, F.: “La leçon d’un attentat”, *Breizh Atao*, n° esp., 22/11/1932.

¹⁹ *Breizh Atao*, n° esp., 22/11/1932.

²⁰ Ultimátum de *Gwenn ha du* dirigido al Estado francés. (Cit. en Caerléon, 1967, p.107-108).

civilización de pasado glorioso, el rechazo al comunismo, la admiración por Irlanda, los atractivos de un eventual acceso al poder... pueden explicar esta toma de posición. Además, sobreestimando su capacidad para influir sobre la población y tratando de aprovechar el hundimiento de la Tercera República, previeron obtener unos réditos políticos que jamás, como ellos mismos confesaban, hubieran podido conquistar con una acción política común y sin contar con el concurso de acontecimientos extraordinarios.

Pero las ilusiones se revelaron en parte vanas, porque el invasor alemán no se comportó como los más ilusionados de los *emsaverien* vaticinaban. Siguiendo la misma estrategia que venía aplicando al conjunto de la Europa ocupada, el Reich prefirió también en Francia apoyarse en un gobierno conservador, partidario de la colaboración, más que en agrupaciones radicales o corrientes nacionalistas de metas separatistas, fuertemente desconectadas de las poblaciones a las que aquéllas, por lo demás, pretendían controlar y representar. Así, las diferentes corrientes soberanistas que vivían en el interior de Francia sólo le fueron útiles a Alemania en la medida en que sirvieron como fuerzas de ocupación supletorias y como eventuales medios de presión sobre el gobierno de Vichy. La creación de una Bretaña soberana o semindependiente sólo se mantuvo en la mente de algunos estrategas e ideólogos brumosos del *Reich*, empeñados en perseverar en el troceo de Francia o “dispuestos a seguir soñando con el renacimiento de naciones mitológicas europeas” (Belser, 2005, p. 29). Sea como fuere, durante los cuatro años de guerra nazi, el mascarón de proa del nacionalismo bretón fue tolerado, y en ocasiones flagrantemente apoyado, por las autoridades ocupantes, que siempre vieron interés en mantenerlo vivo y activo.

Más si los bretones se separaron ostensiblemente de la democracia, no es para arrojarse a los brazos del movimiento separatista bretón, sino más bien en los de Pétain. Y en esa coyuntura el discreto regionalismo bretón de raíz decimonónica sí alcanzó a tener cierto eco en las instancias de Vichy e incluso en sectores de cierta burguesía bretona. La puesta en marcha de diversas iniciativas culturales y la creación de una serie de instituciones consultivas dan idea del cierto dinamismo alcanzado por la versión moderada del *Emsav* entre 1940 y 1944.

Mientras, la rama dura perseveraba en su error, y algunos de sus elementos incluso se libraban al combate abierto con la resistencia francesa, en nombre de la quimérica nación bretona en la que ya sólo ellos creían. La tendencia era perceptible ya en los años treinta. Al igual que todos los movimientos fascizantes de Europa (en la propia Francia los Camisas verdes de Dorgères o los *Croix de Feu* del coronel La Rocque), los más radicales del nacionalismo bretón también fueron exhibiendo su gusto por los desfiles, el culto al jefe y la acción clandestina. Celestin Lainé, que había comandado el GHD, tenía claro que lo que el movimiento bretón necesitaba era más que un discurso político un puñado de hombres decididos capaces de forzar mediante el ejercicio de la violencia una inversión de la situación en Bretaña, tal y como los *sinn feinners* habían conseguido en la hermana Irlanda.

La primacía de la acción sobre el pensamiento y de la fuerza sobre la razón primaban en la opinión que el sector duro del PNB desplegaba en las páginas de *L'heure bretonne*. Jaffré se preguntaba y se respondía a sí mismo: “¿Separatismo?, ¿autonomismo? Palabras. Somos revolucionarios. Hacemos la revolución bretona. Revolución en los espíritus antes que nada. Un estado no es nada, o poca cosa. Pero cualquiera que sea el régimen, con bretones que tuvieran el sentido de Bretaña, todo estaría salvado. Nuestro movimiento es ante todo apostolado.”²¹ Habida cuenta de tales posicionamientos ideológicos, no puede sorprender que las acciones pasadas de la casi extinta GHD fueran orgullosamente reivindicadas. El año de 1942, por ejemplo, era presentado como el del décimo aniversario del atentado de Rennes, que supuso la entrada en escena de “un grupo de hombres resueltos a pasar a los actos y a luchar por la liberación de la patria.”²²

Los méritos de GHD no dejaban de ser elogiados, pero las nuevas circunstancias aconsejaban otro tipo de activismo. Los núcleos terroristas clandestinos dieron paso a agrupaciones paramilitares que se situaron en los bordes de la legalidad, que fueron vigiladas de cerca por las

²¹ Jaffré, J.: “Progression à la celtique”, *L'heure bretonne*, 141, 4/4/1943.

²² Discurso de Jacques De Quelen, jefe departamental del PNB en Côtes-du-nord, en Saint-Brieuc, *L'heure bretonne*, 79, 17/1/1942.

nuevas autoridades, pero que en cualquier caso no sufrieron la represión de que hubieran sido objeto en tiempos de la Tercera República. Celestin Lainé fundó la *Kadervenn* (“Surco de combate”) con un grupo de hombres que se entrenaban en los campos, alentados por una suerte de fe neopagana.²³ Con la instauración del CNB en 1940, este grupo pasó a denominarse *Lu Brezhon*. Se trataba de un embrión de milicia que de facto funcionaba como una rama armada del PNB. Mas a su lado y de manera paralela, el partido creó su milicia oficiosa, su servicio de orden, el *Bagadoù Stourm*. Se trataba de inscribirse en la que era práctica habitual de los movimientos políticos de su índole.²⁴ Yann Goulet encuadraba a un grupo de jóvenes, una vanguardia paramilitar que saluda a la romana y se alinea marcialmente en los actos del PNB, ataviada con uniforme rigurosamente negro, corbata blanca y brazalete con *triskel* –símbolo celta por excelencia consistente en tres espirales entrecruzadas–. Tienen además su propio himno, cuyo tenor ideológico no deja lugar a la duda: “La frente arriba, juramos ser fieles, la frente alta ante nuestro bello país (...) Las *Bagadoù Stourm* avanzan con paso rápido, las *Bagadoù Stourm* caminan con paso cadencioso, el *Biliou Braz* hace sonar su espléndido clamor, el gran combate pronto va a comenzar. Nuestros enemigos se arman en la noche oscura, nuestros enemigos preparan sus asaltos, lucharemos, el corazón dará razón del número, la vieja raza llama a sus héroes, llegada la noche, olvidando el campo, llegada la noche, soldados y oficiales, cantaremos, hermanos unidos de Bretaña, el día bendito de nuestra libertad.”²⁵

De uniformes, de cantos, e incluso de cuadernos de formación se llegaron a dotar estos grupos, que adoctrinaban así a los muchachos: “El militante bretón es orgulloso. Posee el orgullo por la raza a la que pertenece. El orgullo debe ser también la fuente de su audacia. Un pueblo joven debe tener el gusto por el riesgo (...) El militante debe ser disciplinado. Confianza en el partido. Para nosotros, Bretaña y partido son sólo uno.”²⁶ Yann Goulet aprovechaba igualmente el espacio de *L'heure bretonne* para recordar a sus camaradas: “vosotros sois los que esperáis ver cómo un nuevo orden impera en el mundo (...) El ideal de belleza y de justicia que ansiaba vuestra alma joven no podía tener lugar en la podredumbre del régimen pasado (...). Jóvenes como vosotros en otros países luchan ahora heroicamente en las estepas heladas, felices, saben que morirán quizás, sin poder gozar de la felicidad que su sangre derramada generará.”²⁷ De ahí que Goulet propusiera a los jóvenes bretones el formar parte del *Bagadoù Stourm*, un “grupo de voluntarios que se juntan cada domingo y dejan de un lado los placeres habituales en su edad para venir a fortificar su voluntad y acostumbrarse a las duras lecciones de disciplina.”²⁸

Reiterando hasta la saciedad el primario mensaje que el pionero Lainé ya descubrió en los años treinta, Goulet concentraba sus esfuerzos en la educación de la voluntad: “jóvenes de Bretaña que habéis reflexionado sinceramente sobre la idea del sacrificio, (...) vosotros que habríais podido como los jóvenes de Francia abandonaros a la dulzura del vivir, pero habéis preferido servir la causa del país, esperad la hora del sacrificio.”²⁹ Ciertamente, la inflada retórica de estas arengas nunca

²³ Imposible soslayar la presencia del ocultismo esotérico, el neopaganismo y el panceltismo en el engrudo ideológico del que se alimentan estas organizaciones: además de los semanarios políticos *Breizh Atao* o *L'heure Bretonne*, publicaciones periódicas de índole “cultural” como *Nemeton* (de Morvan Marchal, entre 1942 y 1943), *Arvor* (1941-44) y su antecesora *Gwalarn* (1925-1944, ambas de Roparz Hemon) recogían el credo de los *emsaverien* más concienciados.

²⁴ “Desde hace algunos días se ha descubierto entre los pasquines de los autonomistas bretones una insignia que consiste en un círculo dentro del cual hay una Y cuyas extremidades acaban en espirales. (...) Esta agrupación se tiene tendencias hitlerianas. Su divisa es “Raza, nación, trabajo.” Un grupo de jóvenes militantes serían próximamente enviados a Alemania donde serían puestos en contacto con las juventudes hitlerianas para aprender su modo de vida.” Informe del Comisario central de policía local de Nantes al prefecto de Loire-Inférieure, 23/1/1941, dpb. 2841, Archives *Départementales de Loire-Atlantique* (ADLA), dossier 1693W104.

²⁵ Canción de las *Bagadoù Stourm*, (Canto de Saint-Aubin-du-Cormier). La batalla tuvo lugar en esta localidad bretona en julio de 1488 entre las tropas francesas del rey Carlos VIII y las del duque de Bretaña Francisco II. La derrota de éste sería considerada por los militantes del *Emsav* como el momento de la pérdida de la independencia bretona.

²⁶ Delaporte, R.: editorial, *Triskell*, enero de 1942, citado por Hamon, K.: *op. cit.*, p. 155.

²⁷ Goulet, Y.: “Aux jeunes”, *L'heure bretonne*, 78, 10/1/1942.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ Goulet, Y.: editorial, *L'heure bretonne*, 45, 17/5/1941.

crystalizó en esfuerzo bélico alguno. Sí eran frecuentes por el contrario los entrenamientos efectuados en landas más o menos apartadas, en calveros de bosques o caserones abandonados.³⁰

Las maniobras marciales de estos grupos de combate siempre fueron objeto de la indiferencia, cuando no de la hostilidad, de la población bretona, según demuestran cuantiosos informes como el precedente. Por su parte, tales actividades paramilitares despertaron los recelos de la gendarmería francesa (acaso reflejos de otras épocas en las que el jacobinismo republicano las hubiera disuelto por la vía rápida), pero sin embargo contaron con el discreto apoyo de las autoridades alemanas, dueñas últimas de la situación.³¹

Dentro de tal conglomerado de nombres, siglas y grupos, la *Bezen Perrot* fue la última formación paramilitar de la que se pudo el nacionalismo bretón más radical, ya en los compases postreros de la guerra. Creada en diciembre de 1943 y dirigida por el experimentado Celestin Lainé, acabaría integrándose plenamente en la armada alemana. Incluso los uniformes y los grados de sus integrantes (se estima que no más de setenta hombres en total) eran los de las SS. Los alemanes utilizaron a este grupo, el *Bretonische Waffenwervand der SS*, como medio para luchar contra la resistencia francesa. En 1944 las escaramuzas entre los miembros del maquis principalmente comunista y los soldados de la *Bezen* dieron lugar a asaltos, asesinatos, torturas, registros y exacciones. Sea como fuere, es ocioso señalar que el ideario en que se apoyaba esta postrera floración militarizada del *Emsav* en los momentos finales de la guerra no variaba lo más mínimo con respecto al de sus predecesoras. Y en todo caso, sus metas, como su lenguaje, alcanzaron las mayores cotas de fundamentalismo. Aún en junio de 1944, con las tropas aliadas entrando por Normandía, con las rotativas de los órganos de prensa colaboracionistas deteniéndose, el núcleo de los *emsaverien* que se habían dado al ejercicio de la violencia y que se habían agrupado en la citada *Bezen Perrot*, siguieron actuando. Hasta que la mayor parte de ellos hubieron de salir en un convoy con rumbo a Alemania, acompañados de parejas y familias. Les aguardaba allí el pago de una gravosa factura, que además sería abonada en dos plazos: un primer plazo de exilios, de condenas regladas por tribunales o de venganzas individuales hechas punta de pistola; y luego un segundo plazo, consistente en la travesía de un desierto de descrédito y estigmatización.

Balance

El del *Emsav* de entreguerras es un palmario ejemplo de movimiento político desnortado, minoritario, elitista y radicalizado que opta por huir hacia delante y que fruto de ello no retrocede ante la posibilidad de conseguir sus metas por vías violentas. De la fría acogida que la población bretona le deparó, los nacionalistas extrajeron una conclusión errónea, pues lejos de percibirla

³⁰ “Le doy noticia (...) sobre las jornadas de instrucción militar organizadas en Gouezec, por el PNB (...) Los cursillos han debido comenzar en julio (...) A fecha de 14 de noviembre de 1940, las clases seguirían dándose, puesto que ese día nuestro capitán ha recibido el agradecimiento de la agrupación, que se ha sido violentamente atacada por algunos habitantes de la localidad de Gouezec. Los cursos de instrucción militar están destinados a formar a la armada bretona y comprenden dos tipos de formación: una para los cuadros y otra para la tropa. Los reclutas estaban armados al menos por un revolver y una pistola automática. Los alumnos portaban uniforme...” Informe del Comisario de Policía de Perros-Guirec dirigido al subprefecto de Lannion, en Perros-Guirec, a 28 de julio de 1941, ADLA, dossier 1693W104.

³¹ El esquizofrénico trato que las administraciones dispensaban a las Bagadoù Stourm queda perfectamente reflejado en el vacilante comportamiento de las mismas tras el arresto de Yann Goulet. Así dicen los informes de la gendarmería en dos días consecutivos: 10 de agosto de 1943: “Un centenar de milicianos del PNB uniformados acampan en un campo alemán en Botmeur. Habrían rechazado el acceso al campo a gendarmes de La Feuillée. Me he enterado, además, de que según informaciones no confirmadas habrían hecho prisionero al Sr. Cueff, inspector de los *Renseignements Généraux* de Brest, enviado para vigilarles. Éste no ha dado noticias desde el domingo.” 11 de agosto de 1943: “La Gendarmerie de la Feuillée ha procedido en la noche a la atestación del llamado Jean Goulet, (...) autonomista y jefe del grupo de combate, por vía de hecho sobre la persona del jefe de la brigada de la Feuillé y posesión de armas prohibidas.” 13 de agosto: “El llamado Jean Goulet, autonomista detenido antes de ayer, ha sido devuelto a libertad ayer por la tarde por orden de la policía alemana de Brest. Los milicianos se encuentran actualmente en los alrededores de Saint-Herbot, donde deben preparar otras actividades para el domingo que viene.” (Citado en Hamon, 2004, p. 159).

como el fruto su impotencia del partido para arraigar entre el pueblo, entendieron la indiferencia social el pretexto ideal para ratificar su concepción de la vanguardia. Argumentos ideológicos –la fascinación de pertenecer a una civilización superior–, teológicos –la impregnación de un catolicismo en nada indemne al antisemitismo y dispuesto a tolerar cualquier obstáculo frente al comunismo–, históricos –el ejemplo irlandés–, y psicológicos –el acariciar una inopinada conquista de la gloria o el sobrevalorar la capacidad de la elite de un movimiento para hacerse acompañar de todo el pueblo– pueden hacer entender hoy el por qué de tal proceder. Los nacionalistas además previeron obtener unos réditos políticos que jamás hubieran podido conseguir con una acción política democrática y sin beneficiarse de un cataclismo como el que fue la invasión nazi de Francia.

En último término, y más allá de las circunstancias particulares que rodearon en concreto al movimiento bretón de entreguerras, hay en este y en otros muchos fenómenos parecidos una relación velada y muy significativa entre nacionalismo y violencia. El recurso de ciertas agrupaciones nacionalistas de cualquier latitud a la fuerza, o el gusto de éstas por las estéticas de la violencia (gusto que fue particularmente acentuado en los años treinta del siglo XX) reflejaba la atracción por modos de actuación y por retóricas contundentes y expeditivas, adecuadas y legítimas para la defensa de su idea sagrada de patria. Pero en segundo término, la violencia no era una simple herramienta política, no era sólo un medio para coaccionar al enemigo. También revestía un carácter más profundo e indescifrable. La inclinación por lo violento ha de ser leída como el fruto del desencanto contra el mundo moderno. La modernidad y su imperativo de previsibilidad implican la negación absoluta de la magia, del mito. El proyecto liberal no es seductor: su rechazo de la utopía, su pretensión de evitar el daño entre seres iguales, su desvelo por conceder a los ciudadanos suficiente espacio de libertad como para que sus planes se desarrollen adecuadamente sin interferirse entre sí, su negación de las pasiones en beneficio de la diosa razón, etc., todo ello está en las antípodas del reclamo cálido y profético. El modelo democrático es aséptico, los individuos devienen anónimos e intercambiables, y el sistema se aparenta a una gigantesca y despersonalizada máquina igualadora. Así se explica que la melancolía y el desengaño, la furia o la desesperanza puedan aflorar como respuestas contra lo que se ha llamado “el hastío democrático” (Crettiez, 2006, p. 91). Los radicales bretones de los años cuarenta, que hacían equivaler el derrocamiento de las democracias con “la victoria del espíritu y el hundimiento del materialismo.”³², que defendían el renacimiento de la cultura bárbara para evitar “el desecamiento y el academicismo”³³, participaban plenamente de ese rechazo, de ese hastío de democracia. La atomización individualizadora propia del sistema liberal tiende a barrer poco a poco los espíritus comunitarios y los activismos grupales, y frente al asfixiante yugo despersonalizador de la democracia, el acto de violencia se hace única manera concreta, ruidosa, repentina y tangible de expresar ese rechazo. Es por ese motivo que la violencia no revista tanto una función instrumental o utilitaria en la prosecución de un objetivo político concreto (la secesión de un territorio, el derrocamiento de un régimen), sino que adquiera más que nada el valor de un grito de repudio, una sacudida administrada al indolente y domesticado *demos*. Por añadidura, la violencia puede convertirse en medio para la construcción de comunidad al generar lazos de solidaridad orgánica. Las nociones de libertad, de igualitarismo y de individualismo no satisfacían al oscuro y arcaico deseo de comunión colectiva. De ahí que la violencia retórica y la violencia efectiva pueda y deba ser entendida no tanto como la expresión de una comunidad preexistente, sino, al mismo tiempo, como acto desesperado de repudio frente al sistema liberal, y como medio para edificar o reeditar una comunidad telúrica, como el cemento para construir un colectivo adormecido o falto de conciencia.

Sólo el pueblo verdadero, y en especial su vanguardia política, son los conocedores de las leyes de la historia. Por ese motivo, es a tal vanguardia a quien corresponde encabezar la revolución nacional. Sobre sus espaldas pesa la responsabilidad histórica de actuar en pro de la nación. El futuro le pertenece, y el estar en posesión de la verdad absoluta le legitima para todo, incluso para empuñar las armas. Invirtiendo las categorías éticas, quien ejerce métodos violentos pasa a ser la

³² Loret, P.: “Le triomphe de la justice et de l’esprit”, *L’heure bretonne*, 33, 22/2/1941.

³³ Loret, P.: “La Bretagne doit retrouver sa place dans une Europe reconstruite”, *L’heure bretonne*, 34, 1/3/1941.

víctima, y el que sufre la violencia deviene verdugo: el violento es víctima porque la historia le ha obligado a arriesgar su vida por el bien de la nación en peligro.

Bibliografía

- Belser, Ch.: *La collaboration en Loire-Inférieure (1940-44)*, La Crèche: Geste, 2005.
- Benoist, A. (dir.): *Vu de droite. Anthologie critique des idées contemporaines*, Paris: Éditions du Labyrinthe, 2001.
- Cadiou, G.: *L'hermine et la croix gammée. Le mouvement breton et la collaboration*, Paris: Apogée, 2006.
- Caerléon, R.: *Le rêve fou des soldats de Breiz Atao*, Quimper: Nature et Bretagne, 1974.
- Caerléon, R.: *Complots pour une république bretonne*, Paris: La Table ronde, 1967.
- Crettiez, X.: *Violence et nationalisme*, Paris: Odile Jacob, 2006.
- Déniel, A.: *Le mouvement breton (1919-1945)*, Paris: Maspéro, 1976.
- Hamon, K.: *Les nationalistes bretons sous l'occupation*, Fouesnant: Embanner, 2004.
- Le Boterf, H.: *La Bretagne pendant la guerre*, Paris: France-Empire, 1983.
- Mordrel, O.: *Breiz Atao. Histoire et actualité du nationalisme breton*, Paris: Moreau, 1973.
- Reece, J.: *The Bretons against France*, Chapel Hill: North Carolina Press, 1977.
- Rubio, J.A.: *La patria imperfecta. Idearios regionalistas y nacionalistas en Bretaña (1789-1945)*, Cáceres: Unex, 2010.
- Youennou, A.: *Fransez Debauvais de Breiz Atao et les siens* (tt. I-IV), Rennes: Youennou, 1974.